

HIJUNA..., por *Carlos Sepúlveda Leyton*

No escasean en nuestra literatura las novelas que tratan de interpretar el ambiente en que vive nuestro pueblo y de pintar la existencia misérrima que lleva el «roto», ya sea en la ciudad o en el campo. Hay hasta novela que se llama «El roto», considerada, no sin una justicia, como la mejor pintura de esa vida sórdida en que se arrastran los que han quedado a la vera de la civilización. Numerosos son los cuentos en que se pinta al campesino, detallándose el paisaje costero y cordillerano con fidelidad fotográfica. No obstante el alto valor literario de toda esa literatura nutrida de savia popular, creemos que el alma de nuestro pueblo no había sido, hasta la fecha, aflorada en obra literaria. Nuestros escritores han descendido hasta los bajos fondos sociales en un afán literario de buscar temas trágicos y truculentos para escribir sus obras. La influencia de los escritores rusos ha sido poderosa en nuestro ambiente literario; y acaso sean muy pocos los escritores que no hayan encontrado en Gorky, Checoj o Andreiev el modelo a seguir. Pero no bastan la intención ni el esfuerzo para dar la sensación de que lo que se escribe es la emoción sincera y sentida de la propia experiencia humana del novelista. Sólo escribiendo con sangre, para usar la conocida frase de Nietzsche, es como se hace arte sincero, y todo lo demás es pura retórica... Baldomero Lillo, en «Subterra»; González Vera, en «Vidas Mínimas», y Santiván en algunas de sus mejores páginas, han entintado en su propio corazón la pluma con que escribieron. De ahí, que sean los menos «literatos» de nuestros escritores. Debemos, ahora, agregar otro nombre a los ya

citados. Carlos Sepúlveda Leyton, con su novela «Hijuna»... (1) se coloca como un escritor que se ha identificado con el espíritu de nuestro pueblo, que sabe de su vida angustiada, de sus alegrías ingenuas y de sus esperanzas limitadas; y nos lo dice todo ello al contarnos su propia vida en ese mismo lenguaje humilde y elemental que él oyó desde niño, sin artificios ni estilizaciones folklóricas, como la de cierto erudito trasnochado que se despertó sediento de una gloria literaria que nunca había pretendido.

Sepúlveda Leyton, a manera de autobiografía, recuerda su existencia que se remonta a los primeros años del siglo en que estamos, cuando él vivía en el barrio Matadero, uno de los barrios más característicos que han existido en Santiago; recuerda a la mujer que él llamaba «madre»; pinta en un estilo coloreado y movido la vida del conventillo arrabalero; sus compañeros de correrías aparecen evocados vívidamente, para su perro «Lucifer» distiende la emoción que ya el correr de los años había recogido; sus juegos, sus juegos especialmente, nos los pinta con singular maestría (hay unas páginas dedicadas a sus juegos al volantín que deben seleccionarse como trozos de antología); su vida en la escuela; la huelga trágica del año 1905 y sus primeros amores constituyen la trama de esta novela. Es decir, carece de argumento en el sentido tradicional, como en el folletín donde hay numerosos incidentes unidos por una acción común que conduce fatalmente al desenlace. Aquí no hay nada de eso; sólo asistimos al paso inexorable de una vida que se nos pierde en los umbrales de la juventud.

Algunos críticos han querido encontrar en esta novela una finalidad doctrinaria—el arte con un fin circuns-

---

(1) Editorial Ciencias y Artes.—Linares. (Chile).

tancial es menguado—y sería ella la de poner de relieve las injusticias sociales, la forma cómo es explotado el obrero por la burguesía, los errores del capitalismo internacional, etc., etc., y otros lugares comunes de la demagogia revolucionaria. La verdad es que nosotros no advertimos ninguna intención partidista en esta novela. Claro es que de la pintura escueta de la vida del pueblo, se desprende una profunda simpatía por él, y que, según como sea la reacción del lector, puede convertirse en pasión revolucionaria. Pero en la obra de Sepúlveda no hay declamación doctrinaria; tiene demasiado buen gusto para caer en el discurso, que le sirve para ironizar cuando recuerda la inauguración de una escuela, donde habló campanudamente un diputado «hijo del pueblo»... Sin duda, «Hijuna»... es una novela proletaria, como alguien ha querido encasillarla, por ser la que más sinceramente y con menos sacrificio pinta la vida de nuestra gente desamparada.

Coloreado, llameante como luces de bengala el estilo, lleno de figuras novedosas y sugerentes, Sepúlveda, mantiene siempre un tono discreto hasta en las descripciones más descarnadas, valiéndose para ello de originales metáforas: «Frente al conventillo, en la tierra caliente, dos trapitos sucios juegan un extraño juego: el chiquitín galopa en el estómago de la pequeña... galopa el galope que ha entrevisto correr en los jergones»...

Venida de provincia, donde el autor consume su espíritu en la misión dadivosa de plasmar el alma del niño, esta novela debe señalarse como una de las más sentidas y hermosas que se han escrito últimamente en nuestro país.

MILTON ROSSEL.